

Carta de la Argentina

La nostalgia

Amo a Europa. La amo con un amor tan intenso y tan desinteresado que ni siquiera espera ser correspondido. Han pasado ya más de veintiún años desde que emprendí el viaje iniciático, algo tardío, como al parecer han de ocurrir todas las cosas importantes en mi vida. Viaje iniciático de verdad, porque con él di la espalda a un pasado, a un territorio, a una historia. Creí dar la espalda, porque luego supe que nuestro pasado nunca puede borrarse, que en el mejor de los casos se lo puede reelaborar íntimamente. Pero bastó la actitud psicológica del que emprende un viaje sin regreso para que se convirtiera en lo que fue, una aventura decisiva. Por la misma razón los viajes anteriores no contaban, porque entonces había salido con pasaje de ida y vuelta.

Pasaron seis años desde mi salida en 1976 antes de que visitara mi país por primera vez, rencoroso como estaba por una situación política violenta e injusta, y sobre todo por el consenso que le prestaba gran parte de mis compatriotas complacientes, que negaban las gruesas evidencias de la realidad para que no se viera perturbada su buena conciencia.

A partir de aquella primera visita se inició un proceso interior paralelo aunque inverso al que experimento ahora, cuando he completado el viaje de regreso formalmente definitivo a mi país. En aquel entonces el pasado, la historia, el territorio, la memoria, ocuparon un espacio nuevo, poderoso, dentro de mí mismo y se convirtieron en guía de mis acciones. La memoria, reelaborando rigurosamente el pasado, lo transformó en una realidad apetecible, hizo de él un país que valía la pena habitar, instalado en la geografía de la niñez. El pasado, que emocionalmente negara en mi partida sin girar la cabeza, con la mirada al frente como Lot mientras el barco abandonaba con lentitud los muelles de Buenos Aires, volvía con un poder solapado y amoroso, y se adueñaba de mí fructíferamente, sin paralizarme sino empujándome a actuar. Fruto de la reelaboración de aquello que había dejado atrás es buena parte de las novelas y cuentos que escribí durante mi larga estancia en el extranjero, en las que vidas, caracteres, actitudes y paisajes de mi infancia se convirtieron en materia narrable.

Hoy la historia se repite aunque contada desde el reverso. El presente

europeo que en algún momento negué vuelve avasallante, convertido en pasado, y Europa me dice sin estridencias que nunca podrá olvidarla, más aún, que le pertenezco no menos que a la Argentina; me dice, sonriendo con la sabiduría de una vieja dama seductora, que el amor que siento no es una aventura pasajera, y que no soy el primer extranjero en cuya vida su presencia se instala definitivamente. Europa se ha instalado en mi vida real y en la de ficción, ya que –habría dicho «sorprendentemente» si no fuera porque ya conozco el mecanismo por experiencia propia– ahora que vivo en Argentina los escenarios y personajes de mis nuevos libros son europeos.

La historia se repite paralelamente aunque a la inversa. A partir de aquel primer retorno en 1982 los viajes a mi país se sucedieron regularmente, necesarios para recuperar el aliento y para engañar a la realidad con las fantasías del regreso. Hoy, ya de vuelta en la Argentina, mis viajes a Europa se suceden regular y frecuentemente porque la herida abierta de la nostalgia me exige que hurgue en ella. Paradoja extremada, repetición superlativa de la aventura de mis abuelos que lloraban en las largas tardes melancólicas de los domingos de Buenos Aires, con el mate en la mano, recordando la aldea adonde nunca más volverían. Comprendí sus sentimientos cuando empecé a compartirlos desde Europa, y cierro el círculo ahora cuando, desde el mismo sitio donde ellos, añoro lo mismo que ellos añoraban.

Sin embargo mi amor por Europa, amor de americano, es diferente al que los propios europeos pueden sentir por su tierra. Amor, el mío, sin los rencores por el vecino cercano con quien no he convivido y cuyos tics, por lo tanto, no me incomodan. Amor no por el terruño, por la patria chica, sino por el continente. Porque el rastro cultural que en una de sus bifurcaciones llegó hasta Buenos Aires y hasta mí a través de mis ancestros, lo encuentro no sólo en las rías de Betanzos y de Pontedeume sino al presenciar la *corsa al palio*, en la Piazza del Campo, de Siena; ante el laberinto de la catedral de Chartres; con los gatos de Torcello; ante la *Dama del Unicornio* en el museo de Cluny; y en los recintos arqueológicos de Delfos, Olimpia, Dion, donde los dioses protegen con su presencia a los viajeros sensibles que se dejan poseer sin prejuicios por el misterio, y en cuyos estadios aún resuenan los golpes de los kouros y el eco del vocerío de la concurrencia.

Un viajero del continente americano que como yo se había sentado en silencio en las gradas de Epidauro, se preguntaba perplejo por qué la tragedia de Sófocles que se representaba ante sus ojos lo emocionaba mucho más que los testimonios más evolucionados de las culturas indoamericanas. La respuesta es sencilla: por éstas sentía el aprecio intelectual del visitante extranjero respetuoso; por el teatro de Epidauro y por Sófocles experimentaba el apasionamiento del viajero que tras muchos años vuelve a casa siguiendo la huella de sus antepasados.

El rastro cultural y los ancestros. Durante gran parte de mi vida, a lo largo de mi niñez, de mi adolescencia, de mi juventud, de todos los días de formación hasta llegar a ser hombre, no supe a ciencia cierta lo que era eso. Mi historia se remontaba a un corto periodo de barrios de Buenos Aires, el vivido por mis padres y el que vivieron mis abuelos con la cabeza en otra parte. La cultura era la noticia de un país anunciada en 1810, fecha remota para el niño que aprendía sus primeras letras, pero era también lo que le contaban acerca de Europa. Se lo contaba el corazón de sus abuelos ancianos en el recuerdo, fijados en un continente emocional. Y se lo contaban sus maestros que desarrollaban con aplicación burocrática los programas de la escuela pública, gratuita y laica. Dentro de éstos, ordenados y racionales, se ocultaba no obstante la hidra de la contradicción que pugna en el alma del hijo del inmigrante, pues allí convivían tironeándose con esquizofrenia el chauvinismo nacionalista más trasnochado con el embobamiento provinciano por la cuna prestigiosa de la que todos proveníamos.

El mensaje emocional de mis abuelos y el pretendidamente racional de los programas escolares inficionaron mi sangre, como las de mis compañeros de aula, sin que nosotros, receptores ingenuos, tuviéramos consciencia de ello.

Lo advertí mucho después, cuando Europa dejó de ser una emoción ajena y un concepto sublimado, y reencontré el hilo auténtico del rastro cultural y los ancestros. Fue al poco tiempo de llegar a España, cuando por primera vez entré en territorio gallego y comprendí –una voz de la sangre que estaba ahogada en mi interior empezó a gritármelo– que, igual que el hijo pródigo, estaba volviendo a casa, y cuando solo, en San Francisco de Betanzos, sentí sin lugar a dudas que ese Fernán Pérez de Andrade «o Bóo», que allí descansaba ante mis ojos conmovidos, era mi primer abuelo.

Jorge Andrade